

Mirando a Murillo en mi ciudad
MH Ana Meléndez Crespo
Conferencia ante Monumento a Pedro Domingo Murillo
Parque de las Américas, Ciudad de México
México, D.F. 15 julio 2007

Un personaje y una fecha significativa para los bolivianos nos reúnen aquí, en este parque mexicano llamado, no por azar, de las Américas. Muy lejos en la distancia pero muy cerca del afecto y la memoria, de aquella plaza que lleva el nombre de Pedro Domingo Murillo, el célebre intelectual paceño que el día de la procesión religiosa del Carmen, 16 de julio de 1809, asumió el mando del levantamiento armando de criollos, mestizos e indios contra el gobierno español, justamente en la explanada de la Plaza Mayor, corazón de la traza urbana central de la Ciudad de La Paz.

Para ustedes, ciudadanos bolivianos que actualmente residen o están temporalmente en mi país, la efigie de Murillo que tenemos frente a nosotros, de seguro les ha de evocar recuerdos históricos de cómo surgió la república independiente de Bolivia. Su imagen les ha de llevar a rememorar la una y múltiples veces que se habrán detenido a mirar la escultura de su prócer y a leer en su pedestal el relato de su accionar político y militar. O simplemente, les ha de llevar al recuerdo de sus hábitos en otro tiempo y en aquel espacio, porque también de la memoria de lo cotidiano se hace la vida. Tal vez se verán cruzando el jardín, tomando el sol en los bancos, mirando el Palacio Quemado, la Catedral, allá en la esquina el Museo Nacional de Arte; en la contraesquina la casona convertida en lujoso hotel, o quizás esperando un trufi o autobús; o buscando un comercio, una oficina, la farmacia, una papelería. Qué sé yo.

Para una visitante mexicana como yo, que ha caminado por ahí unas veces, aunque no tantas como ustedes, claro, las vivencias de la Plaza Murillo y sus empinados alrededores son múltiples. De la primer caminata recuerdo haberme sorprendido, por ejemplo, de ver aún librerías con enormes estanterías de madera, con sus largos mostradores, tras los cuales solícitos empleados le preguntaban al cliente sobre el título requerido y prestos iban en busca de la mercancía. Igual me maravilló ver tradicionales tiendas de género y misceláneas, en pleno centro de la ciudad. De la urbe y su gente, me resultó asombrosa la soltura de las mujeres indígenas en la actividad comercial y sus bellos y multicolores trajes. E igual me fascinó tener la suerte de presenciar una interminable entrada universitaria de carnaval, con bandas, comparsas, danza, alegría, lujo, y cromatismo a raudales.

Del rostro de la ciudad, me impactó la permanencia de casas, palacetes, edificios y calles peatonales, que datan de finales del siglo XIX y principios del XX. Subir y bajar descubriendo, a cada paso, que esta o aquella escalinata me llevaba a una plaza, a una avenida principal o una secundaria, era toda una aventura.

Y qué digo de la acción política de sus habitantes. La emoción me invadió al presenciar una enorme concentración de mineros y trabajadores indígenas, en la Plaza de San Francisco y luego su marcha hasta la Plaza Murillo, subiendo por la Socabaya, bajando por Colón, cruzando la Camacho hasta llegar al Prado, y por ahí vueltas y vueltas. ¡Aquí si la gente exige en serio sus derechos!, me dije, tantas veces como marchas vi.

La Paz ha sido para mí interminable e inabarcable. Imposible recorrerla y conocerla en una sola visita, ni siquiera el Casco Urbano Central. Bajar la Montes, desde la estación central de autobuses, por Mariscal de Santa Cruz, hasta la

Plaza del Estudiante, es observar la ciudad que cambia de piel y estructura arquitectónica por otra nueva piel, la de lo global. Los muros polarizados y platinados, sustituyen al edificio racional de concreto de los años treinta al cuarenta.

Un poco mas arriba hacia la ladera oeste, recorrer el barrio del señor del Gran Poder fue un agasajo. El comercio de género contemporáneo: lo último en electrónica y línea blanca, pero en estilo de venta tradicional. Claro que esta práctica hoy va cambiando a toda velocidad con el pensamiento y la práctica neoliberal que tiende a borrar nuestras culturas ancestrales. Pero, en Gran Poder no lo ha conseguido aún, pues ahí uno puede adquirir a buen precio se sabe regatear, los maravillosos trajes de carnaval. Lo que uno quiera y necesite: máscaras de diablo, de negro, de ángel y la más deslumbrante indumentaria.

De Sopocachi, Miraflores, Obrajes, Calacoto, Achumani, Irpavi, Cota Cota, San Miguel, tendría que relatar cómo me impactó su vertiginosa transformación de zonas habitacionales unitarias en áreas de enormes rascacielos multifamiliares , hoteles, centros comerciales, restaurantes.

Bajando por la avenida Camacho, llega uno al estadio Olímpico y a la explanada de la plaza de Tiwanaco, donde se exhibe una réplica del monumental monolito de cantera del hombre dios, u hombre guerrero, que a principios del siglo descubriera el arqueólogo Bennet, en medio del templete semi subterráneo de esa antigua ciudad prehispánica, ubicada a un paso del Lago Titicaca.

Tal escultura de Miraflores es una copia fiel de aquella pieza que por criterios de protección del patrimonio arqueológico, después de permanecer por varios años en esta glorieta de la urbanización diseñada por Emilio Villanueva, fuera

regresada a su sitio original allá en Tiwanaco, donde hoy es posible admirarla junto con muchas otras piezas en el museo del sitio.

Y si uno sigue subiendo por la ancha avenida Germán Busch en línea recta y en paralelo al Río Orkojahuirá, llega a la Plaza Villarroel, donde se levanta el majestuoso Museo de la Revolución, con sus anchas escalinatas de acceso, y su enorme frontispicio esculpido por el artista Hugo Almaraz, donde nos despliega en un geometrizado estilo art deco, imágenes de varios personajes, encabezados por Víctor Paz Estensoro, quien en los años cincuenta, desarrollara un gobierno que nacionizó por vez primera las minas, llevó a cabo la reforma agraria, otorgó el voto universal y desplegó la reforma educativa de Bolivia, entre otras importantes obras públicas y de comunicaciones.

De El Alto, me sorprendió la primera impresión que al llegar, como lo hace cualquier visitante procedente de un país extranjero puede apreciar desde el aire: una imponente planicie de color ocre impactó mi visión, con su singular textura en ajedrez, diminuta al principio y tan nítida y cercana después, que me reveló un interminable entramado de corrales, casas, calles y avenidas, en el breve y rasante aterrizaje cuyo fin y destino es la terminal aérea. . Después, al descender a la cañada donde confluyen en un río oculto por la urbanización más de treinta corrientes, el multicolor tapiz constructivo no dejó resquicio a mi imaginación, porque La Paz es, en sí, la desafiante imaginación popular ante las leyes de la gravedad.

Por donde quiera que vea a La Paz, desde sus tapizadas laderas coloradas en abigarrado mosaico, su cauce central de deslumbrantes rascacielos, su proliferación urbana y constructiva al sur, esta es una urbe que devoró al casco antiguo y su plaza central. De los vestigios del siglos XVI casi nada podemos hallar como no sea la traza. Del siglo XIX, nos quedan apenas unas escasas

construcciones, pero al menos tenemos y seguiremos contando con la presencia de Pedro Domingo Murillo, como testigo viviente del nacimiento de la República.

Y, por ello, mientras nos es dable regresar a La Paz, podemos ver a Pedro Domingo Murillo en el Parque de las Américas que contempla a la ciudad de México y sus habitantes, acompañado de otros próceres de las independencias de nuestro bolivariano Continente, para reactivar cuando queramos o al menos una vez al año, en un día como hoy, nuestra memoria histórica y urbana.

Muchas Gracias
